

Palabras de Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva de la Comisión
Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)

en ocasión de la mesa redonda Oportunidades y desafíos del cambio
climático para el desarrollo económico y social de América Latina

Santiago, 9 de enero de 2012

Señor Ministro de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania,
Dirk Niebel,

Señores miembros de la delegación alemana,

Distinguidos miembros del cuerpo diplomático,

Estimados colegas del sistema de las Naciones Unidas,

Estimados directores,

Señoras y señores que nos acompañan,

América Latina y el Caribe se encuentran articulando un nuevo estatus colectivo, sus gobiernos han dado nuevos pasos para construir miradas y acciones comunes, para superar las lógicas que apostaban al desarrollo de sus sociedades a través de apuestas individuales, de recorridos solitarios.

No ha sido una ruta sencilla ni corta. Por demasiado tiempo, las diferencias políticas, las distintas visiones estratégicas, la heterogeneidad de resultados en el camino adoptado por cada uno de nuestros países se interponían como obstáculos mayores. Durante algunos periodos, por el contrario, la dificultad se planteaba por una homogeneidad doctrinaria que apuntaba a desmontar las capacidades de nuestros Estados y a abrir de manera unilateral nuestras economías. Hoy, felizmente, ambas pulsiones parecen superadas.

América Latina y el Caribe ha dado un nuevo y audaz paso en la perspectiva de su integración, una señal consistente con el nuevo estatus de la región, una zona del mundo que mantiene prendidos los motores del crecimiento, que sigue recibiendo ingentes flujos de inversión extranjera, que dispone de recursos naturales abundantes y diversos. Una zona del mundo que mantiene también abiertos enormes desafíos sociales, brechas de equidad, problemas estructurales de distribución de riqueza y una batalla aún en marcha contra el estigma de la pobreza.

La fundación en Caracas, en diciembre pasado, de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) es una respuesta trascendente para abordar desde el diálogo, la concertación y la

articulación colectiva los desafíos de nuestra circunstancia común. Es la voz de nuestras 33 naciones diciendo con nitidez que no hay rutas solitarias en un mundo globalizado.

La CELAC es también un testimonio de madurez política, una demostración de que es posible que gobiernos de orientaciones diversas, que liderazgos que encarnan proyectos políticos con matices evidentes construyan una verdadera agenda compartida. Una agenda que aspiramos fije su foco en un desarrollo con titularidad de derechos.

Para la CEPAL ha sido un honor y un orgullo haber acompañado este esfuerzo desde su gestación. Desde la primera Cumbre de América Latina y el Caribe sobre integración y desarrollo (CALC), llevada a cabo en Costa do Saúpe (Brasil) en 2008, que marcó el salto cualitativo en la convergencia de la América Latina continental con las naciones caribeñas, hasta la Cumbre de la Unidad realizada en Cancún (México) en 2010, donde se fundaron los cimientos de la nueva organización, sucesora de la CALC y del Grupo de Río, y se restauró la noción de comunidad entre el norte y el sur de nuestra patria grande.

En este recorrido nuestros jefes de Estado y de Gobierno han reconocido el rol de la CEPAL, la han interpelado para sumar sus

aportes, su trayectoria, sus capacidades, al esfuerzo de integración que hoy encuentra este nuevo punto de apoyo para su impulso. Empeñaremos, acompañados de la ayuda y cooperación de nuestros socios extra regionales, nuestros mejores esfuerzos para estar a la altura.

Tenemos la convicción de que para nuestro continente ha llegado la hora de la igualdad, de que tenemos que aprender a crecer para igualar y a igualar para crecer, de que el siglo XXI nos desafía a dejar de ser la región más desigual del planeta y de que ese objetivo resulta menos arduo si nuestros países se articulan. Las iniciativas que han estado en curso hasta ahora, como el Sistema de la Integración Centroamericana (SICA), la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), como esperamos lo sea la CELAC, son pasos sustantivos en esa dirección.

Nos alegra además que en esta convergencia jueguen un rol central temas como el cambio climático y particularmente el tema de red, el tema de adaptación y mitigación. Un área que puede realmente ayudar a fortalecer las relaciones entre Alemania y América Latina y el Caribe.

El Secretario General de las Naciones Unidas incluso nos ha dado instrucciones sobre estos asuntos hoy mismo. Una de sus primeras

prioridades es precisamente el desarrollo sostenible y el éxito de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Sostenible (Río+20). Esa cumbre puede ser el marco para presentar ante la comunidad de Estados latinoamericanos lo que hemos hecho con Alemania en materia de cambio climático y en materia de energía renovable y sostenible.

Una oportunidad para destacar el resultado de esa colaboración que nos ha permitido vincular miradas sobre el cambio climático a la producción, a la innovación tecnológica y a la reforma fiscal. Tres décadas se extiende la relación entre la CEPAL y el Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo (BMZ), una relación estratégica que ha migrado de lo sectorial a lo integral.

Estamos convencidos de que la única forma de avanzar en una alianza estratégica entre Europa y América Latina es precisamente darle forma a este cambio de paradigma hacia la senda del desarrollo sostenible, fortaleciendo la dimensión regional del desarrollo, en una ruta que nos permita alimentar la innovación y la inversión ambiental y socialmente sostenible entre nuestras dos regiones.

Nos preocupa que la Unión Europea haya disminuido su presencia comercial en América Latina; hoy es el segundo socio comercial. Mantiene una participación de un 12,9% en las exportaciones y de un

13,7% en las importaciones. Hay espacio para aumentar esta participación.

Alemania ha mantenido una participación en la región en dos grandes sectores industriales que son esenciales si queremos hablar de cambio climático y de cambio de paradigma: el desarrollo de la industria automotriz y de la industria química. Sobre la base de esa experiencia vemos enormes posibilidades de que extiendan su rol en la industria energética regional, con foco en la energía renovable.

En América Latina y el Caribe el cambio en este plano es urgente. De la reciente conferencia de Durban sobre el cambio climático emanaron señales importantes y claras que nos hablan de la necesidad de extender los compromisos del Protocolo de Kyoto. Alemania en este plano tiene una enorme autoridad moral porque es uno de los contados países del mundo que ha cumplido con el Protocolo. Esa experiencia es indispensable para la región. Necesitamos conocer cómo lo hicieron, qué tipos de pactos articularon para hacer realidad esa transición, el dinamismo que imprimieron a las responsabilidades entre el Estado y el sector privado, con las industrias y con industrias muy concretas.

Ese camino, que Alemania recorrió, lo tenemos que examinar a profundidad. La inversión productiva que considera y asume los

temas de protección del medio ambiente, del cambio climático y de responsabilidad empresarial es una tónica que puede ser traída a América Latina para lograr que el crecimiento y la inversión integre estos componentes.

La mayor cantidad de patentes ambientales y energéticas están en Europa. Nosotros necesitamos en esta región mayor inversión en tecnología ambiental.

La economía verde es en nuestra región un término complicado y controversial. Muchos están preocupados de que construir un proyecto de desarrollo sustentable implique mayor proteccionismo o limitaciones al crecimiento. Por eso hay tanto énfasis en que una transición hacia menores contenidos de carbono lo sea con igualdad social, lo sea desde la base de responsabilidades comunes, pero diferenciadas, y para ello tenemos mucho que hacer en la asociación entre Alemania y América Latina.

Nos interesa la forma de organización de la producción que Alemania ha logrado para integrar a la pequeña y mediana empresa con la gran empresa, un esfuerzo que les permite innovar no solo en lo tecnológico sino también en lo social y en lo productivo.

El consenso científico, hoy casi unánime, señala que evitar un aumento de la temperatura mundial superior a 2°C requiere estabilizar

las emisiones acumuladas globales de CO² equivalente en 450 partes por millón. Actualmente, estas emisiones están ya por arriba de 390 ppm y llegaremos por tanto muy pronto al límite de 450 ppm. Esta es la herencia a la siguiente generación. Actualmente, se emiten al año entre 45 y 50 gigatoneladas de CO² equivalente que, con una población de 7.000 millones, implica aproximadamente 7 toneladas per cápita. Para estabilizar la temperatura se requiere alcanzar una meta de emisiones anuales de 20 gigatoneladas de CO² equivalente, a 2050, que con una población estimada de 9,000 millones de personas implica un poco más de 2 toneladas per cápita. La magnitud del reto es enorme.

América Latina y el Caribe tiene emisiones totales de CO² equivalentes aproximadamente a 9,9 toneladas per cápita y provenientes del uso de energía de 2,8 toneladas de CO² equivalente per cápita.

Las emisiones totales ya están por arriba de la media mundial y las de energía ya están por arriba de la meta aspiracional para 2050. En América Latina una gran parte de esas toneladas de carbono son producidas por la destrucción de bosques. Es por ello que valoramos la preocupación que siempre han manifestado por el fenómeno de la deforestación.

Las emisiones alcanzaron una tasa media anual de crecimiento del 2,9% entre 1990 y 2005. Ello indica que, de mantenerse esta tendencia, nuestra región no podrá contribuir a estabilizar el clima sin cambios profundos en los actuales patrones de producción y consumo, en el marco de un régimen universal.

América Latina y el Caribe, pues, tiene que estar inmersa en este esfuerzo por un imperativo ético y económico y con una trayectoria de mayor eficiencia carbónico-energética, que tiene consecuencias importantes en la productividad y la estructura económica de la región.

Un crecimiento más estable y sostenido es un objetivo deseado por la región; sin embargo, no es suficiente. El crecimiento sostenido de la región debe alcanzarse sobre la base de una estructura productiva más ecoeficiente, es decir, que emita menos por unidad de riqueza producida, lo que se puede lograr aumentando la eficiencia energética y de los procesos productivos, el cambio de fuentes de energía o bien aumentando el valor agregado en el sistema productivo.

Un cambio de esta magnitud solo es posible mediante una firme alianza entre el sector público y el privado para la innovación, para la reorientación de la infraestructura, y para lograr las señales correctas en los mercados sobre un mejor tipo de desarrollo.

¿Cuáles son los retos de nuestra región? Somos una región que está creciendo. El año pasado crecimos un 4,3%; este año un 3,7%, pero también somos una región con 174 millones de personas pobres y también sabemos que somos una región que requiere exportar, pero a la vez estamos preocupados de la reprimarización de las exportaciones, porque nos estamos concentrando demasiado en los recursos naturales sin vigilar la gobernanza, sin vigilar cómo orientamos ganancias de esta buena productividad para invertirla en otros sectores, como por ejemplo la energía renovable.

Otro gran reto es el que nos están presentando los desastres naturales. Hemos visto recientemente el efecto feroz que estos le han impuesto a Centroamérica. Las inundaciones que azotaron a El Salvador, estimamos, le costaron a esa nación el 4% del PIB. Señales de esa envergadura nos obligan a repensar estrategias para disminuir la vulnerabilidad de la infraestructura y de otras áreas económicas y sociales expuestas.

Con el apoyo de la cooperación alemana, y junto a otros socios, nos hemos empeñado en evaluar la economía del cambio climático, es decir, el costo que va a tener en nuestra región. Hemos examinado, por sectores, cuáles se encuentran más expuestos. El nuestro es un continente muy urbanizado que va a requerir de un cambio profundo

en su densificación urbana, en la prohibición de servicios, en sus formas de trabajo. Vamos a tener que explorar otras formas de producción de bienes públicos. La experiencia alemana en todas estas materias es invaluable y abre nuevas oportunidades de colaboración conjunta.

En América Latina y el Caribe también debemos resolver qué cambios tenemos que hacer en la estructura fiscal de nuestro continente. El reto climático nos ofrece la oportunidad de fortalecer las finanzas públicas mediante la reforma de los regímenes fiscales aplicables a la extracción de los recursos naturales y a las descargas a la atmósfera y otros medios. Es decir, visibilizando los reales costos del desarrollo. Se requiere de una reforma tributaria con visión de desarrollo sostenible.

Por último, creemos que existe un amplio espacio de colaboración con Alemania con respecto a otro de los desafíos que encara la región, la transformación energética. Necesitamos detener los procesos de esa energía carbonizada y avanzar a una matriz con menor contenido de carbono, pero que sea aceptable en cuanto a los costos. Esta es una de las materias que hoy nos ocupa y donde desde luego hay que fortalecer la asociación público-privada.

En esa dirección resultan muy relevantes aspectos aludidos tanto por la subsecretaria parlamentaria del BMZ, Gudrun Kopp, como por el director para América Latina del BMZ, Harald Klein, en orden a desarrollar a través de la educación estímulos para fortalecer una ciudadanía ambiental junto al esfuerzo por relevar el rol del Estado y lograr una mejor ecuación junto a la sociedad y el mercado.

Ministro Niebel, hoy es un día en el que celebramos esta asociación. Le damos la más cordial bienvenida, a usted y a su equipo. Y le escucharemos con atención en la búsqueda del camino común para lograr una sociedad con menos carbono.

Muchas gracias.